

LIBRO PRIMERO

AL DESPERTAR DE LA LOCURA

I

Según andaba iba repasando en su mente cosas del pasado, que le recordaba cada maleza, cada calvario, cada árbol del camino.

Mucho tiempo hacía, muchísimo, que no había vuelto á Lisé: la casita debía de estar abandonada. Sin duda harían falta reparaciones; la techumbre después de dos años, quizá más, estaría estropeada; sería preciso poner tejas nuevas, cuyo rojo reiría al sol.

El jardín estaría lleno de broza. ¡Mientras no hubieran dejado morir el gran rosal que trepada en torno de la casa! Alguien, sin duda, habría de-

bido ocuparse algo de todo aquello, durante su ausencia; porque ésta había durado mucho. ¿Cuántos meses? ¿cuántos años? No lo sabía con precisión.

Confusamente recordaba episodios de su antigua vida, calaveradas de muchacho, alegrías, penas, naderías que le habían hecho violentamente sufrir, toda clase de pequeños recuerdos á los cuales sonreía hoy, como hombre asentado, indulgente para las cosas juveniles, en las que siempre queda una cierta frescura, un perfume del pasado embalsamando sus recuerdos en la lejanía.

Había comprado esta casa en una época en que, cansado de la vida agitada que largo espacio llevaba, quiso retirarse de aquel torbellino, arreglarse un rinconcito de tranquilo reposo, fecundo en aspiración, en que el trabajo intelectual le fuera fácil, junto á algún ser que le amara, á una mujer dulce que le comprendiera lo suficiente para no turbar sus íntimos ensueños, que más bien le ayudase á evocarlos con frases apropiadas á lo que él le dejaría adivinar de sí mismo.

Pero por más que Juan Dayel escudriñaba su vida pasada, algo había en ella que no podía volver á encontrar.

La gente, los labriegos que trabajaban en los campos, otros que pasaban con sus herramientas á la espalda ó conduciéndolas en carretilla, le reco-

nocían, le saludaban, y todos parecían extrañados de volverle á ver, como si le hubieran creído muerto, ó tan lejos que no hubiese de tornar.

Ahora abría la verja en que la viña virgen entreteja salpicada de claros, sus caireladas hojas verdes y purpúreas. Como en su cerebro, había también vacíos en la tapicería del follaje.

En torno de los muros extendíanse, en morados racimos, las glicinias, cuyo torcido ramaje aparecía cual largas serpientes entrelazadas.

Los postigos estaban cerrados, y cerrada la puerta.

Bien largo tiempo había estado la casa vacía. Del rosal trepador, cogió una de las últimas flores y sintió ganas de llorar, sin saber por qué.

¡ Había de ser muy dulce volver á allí, entre las cosas amadas! llevó la flor á sus labios mordisqueando el pedúnculo; decíase que la casa no debía haber estado vacía. Por lo menos, aquella soledad le parecía anormal; jamás cuando él la habitaba, muchos meses al año, había parecido tan abandonada.

Es verdad que hacía muchísimo tiempo, sí, que él la había dejado.

¿ Cuántos meses? lo ignoraba.

¿ Por qué? no se acordaba ya.

Marta estaba muy hermosa, con su vestido blanco de lazos morados, cuando aparecía esperán-

dole en el vano de la puerta, los días en que él salía á cazar en compañía de algunos labriegos vecinos, gente sencilla y de una alegría cordial.

Juan Dayel había abierto la puerta con dificultad, la lengüeta estaba enmohecida: oía resonar sus pisadas en el corredor, asustado del ruido que hacía, como temeroso de despertar á seres que durmieran.

Á través de las salas, objetos conocidos iban impresionando su mente; temporadas enteras, poco antes olvidadas de todo, revivían en ella. Escenas totalmente desvanecidas se reconstituían á sus ojos.

De estos recuerdos no quedaba amargura alguna; las lejanías del pasado son como los paisajes que uno ha dejado de ver largo tiempo y que aparecen, al regreso, con bellezas que nunca se sospecharan, poblados de figuras conocidas. Cada uno de los objetos despertaba un eco dormido.

Las armas en panoplia sobre la chimenea parecían dejadas allí la víspera; instintivamente, descolgó el fusil de que solía servirse más á menudo é hizo funcionar el disparador.

Arriba, en las alcobas, un dolor le oprimió, sin que supiera de dónde venía el sufrimiento; no podía aclarar la causa de la soledad inaudita, del vacío en que se agitaba su alma, en aquella decoración falta de vida, que tenía el aire de un cuadro

primorosamente labrado al que hubieran arrancado la tela.

Ciertos detalles le sorprendían; vestidos colgados en un gabinete oscuro, cartones con trajes de mujer cuidadosamente doblados; en un cajón velos, ropa blanca; ¿quién había arreglado así las cosas?

No recordaba nada de cuanto había sucedido en su ausencia; había viajado, pero su memoria no le representaba nada de lo que debía haber sucedido durante ese tiempo.

Seguramente, alguna mudanza se había hecho, acomodando los objetos cuyo íntimo desorden había quedado impreso en sus ojos. ¿Cuánto tiempo había viajado? No podía enlazar con claridad su vida pasada al presente, había un vacío en la trama, un período del cual no conseguía reconstituir las peripecias.

Sabía que, desde mucho tiempo también, nada, ninguna nueva obra había brotado de su cerebro; no había trabajado desde hacía meses.

¡ Ah, sí! — se confesaba á sí mismo, algo avergonzado de su pereza — desde que había dejado la casa.

Pero ¿dónde había ido? ¿qué había hecho? ¿qué canciones había oído? ¿Qué paisajes había visto? No alcanzaba á evocar este pasado, sin embargo tan próximo: se le ofrecían confusas imágenes de un

parque en que se había paseado, de hombres uniformemente vestidos que había visto, como rebaños, errantes igual que él por las avenidas. Todo aquello lo había soñado quizás. Parecíale haber estado prisionero, encerrado en una estancia sin alegría á pesar de ser muy clara; y allí no había piano, ningún instrumento de música.

Era la excusa de su pereza: no había podido trabajar. Pero no era verdad: era un sueño. Lo único que sabía es que en su mente se había abierto un vacío, una laguna que su memoria no conseguía llenar. En su gabinete, por las ventanas abiertas de par en par, contemplaba el paisaje querido, los árboles copudos, que el sol tachonaba de violeta, y cuyo follaje, abrasado á trechos, mezclaba á la verdura matices de oro. Allí estaban aquellas casitas, á lo largo de los senderos, con sus blancas fachadas enfrondadas de emparrados y de rosales rampantes de que pendían grávidas flores; allí los corrales de las granjas, con su bullir de cerdos, de aves, de chiquillos sucios y juguetones; ante los portales aparecían las mujeres, yendo y viniendo, atareadas.

Hacía mucho tiempo que había dejado todo aquello; y sin embargo era aquello mismo, aquella misma decoración la que acudía siempre á su fantasía, sin que pudiera en cambio reconstituir imágenes claras del tiempo de su ausencia.

Cada uno de los espectáculos cotidianos de su vida se reproducía fielmente; cada mueble, cada una de las chucherías que dan fisonomía á una morada estaba en su sitio. El piano entre las ventanas, el taburete delante, el músico en que alineaban sus lomos las partituras preferidas, las ediciones de lujo, los *álbumes* de sus propias obras, que le habían hecho el compositor predilecto de la muchedumbre, todo estaba allí, sin ninguna señal que le revelara el tiempo que aquellas cosas habían dormido en la soledad.

¡Cuánto no había hecho vibrar bajo sus dedos el piano, cuyas teclas examinaba curiosamente!

Titubeaba en hacerlas sonar, á pesar de que un gran deseo le asaltó de saber si las notas no estaban ahora cascadas irremisiblemente después de tanto tiempo que había estado sin tocarlas. Temía también la tristeza, la decepción que produce en los viejos la lectura de las antiguas cartas de amor, cuya evidente falsedad no despierta en sus almas gastadas otros ecos que los de olvidados desencantos.

No osaba continuar su exploración á través de las habitaciones, temiendo la súbita revelación de una cierta tristeza que sentía flotar sobre sí, pero que había olvidado, perdido quizás, á lo largo del camino, mientras ganaba de nuevo su querida casa de Lisé: *la Casa de las Rosas*.

Así se llamaba una de sus antiguas obras de más éxito : y era esta vivienda perdida entre las flores la que le inspirara la célebre romanza. Las parisenses la cantaban lo mismo que las campesinas de las más remotas provincias, las verdaderas campesinas, no ya las semi-grisetas de aquella aldea de arrabal en que la casa vivía. ¡ Vivía ! No : era precisamente lo que á él le angustiaba : que no vivía ya.

Maquinalmente había subido Dayel al primer piso y entrado en la alcoba : en el centro, alzabase oculto bajo oscuro pabellón, en la sombra de los postigos cerrados, el lecho, inmenso, como un monstruo que se hubiera echado allí obstruyendo el paso.

Abrió la ventana : en el gabinete vecino, sobre el ancho tocador, minúsculos frascos, una caja de polvos, hablaban evocando la imagen de Marta, que ya no se encontraba allí, como antes, siempre alegre y canturreadora, mariposeando por las habitaciones.

Por eso estaba muerta la casa ; porque faltaba ella. ¿ Por qué se había ido ? No lo recordaba. Yendo y viniendo, angustiado por esta ausencia, cuya causa no podía recordar, fijó los ojos en un calendario, junto á la chimenea ; y leyó una fecha : 16 de julio. Ah, sí, ahora lo recordaba : ¡ Marta había muerto !

— ¿ Por eso he estado loco ? Sí : un año, me han dicho allá. ¡ He estado loco ! ... ¡ Porque ella ha muerto ! Por eso está tan vacía, tan triste, la Casa de las Rosas.

Ahora sabía, ahora recordaba su cautiverio ; había sido el mismo día, hoy hacía un año cuando había muerto. De repente, el tintineo de la ronca campanilla en la verja del jardín le sobresaltó. Bajó á escape.

— ¿ Quién podía venir ?

Una vieja arrebujaada en su manto negro, sin esperar que le abriera, se adelantaba hacia él y le saludaba mirándole con curiosidad.

— Buenos días, Sr. Dayel. ¡ Se encuentra Vd. bien ahora ! Venía para arreglar un poco : después de tanto tiempo, habrá muchas cosas que hacer seguramente. Ya ve Vd. sin embargo que no se ha descuidado su casa, puesto que nos han encargado de guardarla.

Juan la escuchaba, un poco distraído de sus pensamientos, calculando que aquella vieja vecina debía saber cómo había partido Marta, de qué había muerto, — y luego su locura y su viaje. Era la verdad : había estado loco durante un año.

La vieja se había quitado el mantón, y aparecía, rebosando limpieza, bajo su cofia encañonada. De una alacena abierta, iba sacando los enseres de avío.

— Me reconoce Vd. ¿verdad, Sr. Dayel? La madre Machet, ¿eh? su vecina; he venido mucho de asistenta á su casa cuando tenía Vd. amigos de Paris. ¿Se acuerda Vd.?

La vieja había dicho esto prudentemente, como mujer apercebida, á quien se ha prevenido para que no deje escurrir la lengua.

— ¡Cuánto tiempo hace ya que no está Marta! ¿Se acuerda Vd.?

— ¡Ah, es una desgracia bien grande para Vd., señor! ¿Quién iba á pensar?... Era encantadora, sí, la señora, tan rubia... Y, ¡tan amable! ¿Quién lo hubiera creído?

— ¿No es verdad? ¿Quién iba á figurarse que tan pronto se había de ir?

— Vamos, Sr. Dayel, no hay que pensar más en ello. ¡Hay tantas cosas tristes en la vida! Todo acaba y todo vuelve á empezar. Aun es Vd. muy joven, y gana Vd. mucho dinero. En otro tiempo, Virgen Santa... Cada uno á su labor... Vd. á su música... Todavía hay que cuidarle á Vd. bien para que pueda componer esas canciones tan bonitas que se cantan por todas partes.

La vieja iba sacudiendo las piezas del piso bajo, acomodaba los muebles, arreglaba todo lo que él acababa de desarreglar, entregada á su trabajo, mientras él fantaseaba. « Era esto, sí: un año hacía, su mujer, tan rubia y tan buena, había

muerto. Y él se había vuelto loco de dolor. Y por esto, hacía un instante, no recordaba. Él no había presenciado la horrible toilette, ni el ataúd; demasiado enfermo, sin duda, no había podido acompañarla al cementerio. Desde los primeros momentos se la habrían llevado. »

Iba ya atardeciendo.

De repente sintió impulsos de salir de la casa en que la vieja se afanaba, absorbida por su tarea. Iría á través de los campos á mecer su ensueño al susurro de las hojas en el crepúsculo: al fin estaba curado, no era ya un loco; volvería á su vida normal; pero antes, como para hacerse nuevamente á la vida, se quedaría solo algún tiempo en aquel país, tan bello en aquella estación.

— Comeré en la hostería, dijo, y voy á salir á hacer tiempo. Mañana veremos lo que determino. Buenas tardes.

Y salió, sin escuchar á la mujer que le recomendaba una criada, diciéndole que él no podía vivir solo, sin nadie que cuidara de la casa y de su dueño.

Por las calles, despertaba, al pasar, la atención de los aldeanos, de las gentes de la tierra. Había algo de miedo en aquellas miradas: todos habían sabido su desgracia, su locura; se admiraban de verle libre, escudriñaban en su rostro la mudanza que debía haberle producido su tristeza, su enfermedad.

Iba reconociendo á sus antiguos vecinos, y contestaba con la cabeza ó con un gesto, sin detenerse, á los saludos que le dirigían desde el umbral de las puertas. Á esta hora, entre dos luces, los hombres volvían de los campos, ó deseansaban ya del trabajo del día.

Todas aquellas miradas y aquella extrañeza mortificaron á Juan Dayel : pensó que querían espiar su pena y se sintió molesto por aquella curiosidad que trataba de desnudar su alma. Se apresuró á llegar á la carretera, y echó á andar al acaso por un camino surcado de profundas rodadas, bordeado de tupidos setos tras los cuales asomaban los árboles. Allí se encontraría solo, libre para arrojar su máscara, sin tenerse que cuidar de los extraños.

Por las casas diseminadas y las enrucijadas, reconocía el camino por el cual, con harta frecuencia, solían dirigirse al río, precisamente á esta hora en que el día próximo á apagarse imprime en los paisajes un encanto diferente cada tarde, distribuyendo sus riquezas y sus reflejos de oro, púrpura y violeta sobre el campo, argentando los ríos.

Antes, todo esto se traducía en su alma de músico, por ritmos, en que pasaban las voces del ganado y el murmullo del agua entre motivos entusiastas ó voluptuosos, alegres ó tristes, según el color de las horas.

II

El sendero estaba solitario, animado únicamente por aves é insectos que gorjeaban y zumbaban en los setos, y por bandadas de pájaros que acudían, golosos de las negras moras. En la atmósfera estival aún abrasadora, sonaban los chillidos de los martines pescadores, los chirridos de los grillos entre la hierba seca; crujidos de plantas y triscar de animales sacaban por instantes á Juan Dayel de su ensueño : todo vivía fogosamente, aquella tarde, palpitando con la alegría de la estación hermosa.

Canciones y risas se escapaban de las ventanas, de los corrales de las casas de labor escalonadas á lo largo del camino ; y una inmensa alegría parecía brillar en los trigales, cuyas espigas se erguían doradas, inmóviles, destacándose en un cielo intensamente azul.

Dayel llegaba á la orilla del río, feliz en la calma de aquella soledad. Sentía vivir la tierra : se ha-

llaba libre, como en otro tiempo, antes de su ausencia.

Grande era su dolor al pensar que, no estando Marta, tendría que volver solo á su casa vacía : su pecho se hallaba henchido de pena, pero en ello amanecía la gloria de la nueva libertad ; sentíase con ansia de llorar, y al mismo tiempo le invadía una beatitud inmensa al percibir la música de las cosas, melancólica y dulce. De su mismo dolor se exhalaba un canto, un canto triste, con aquella tristeza de los niños que han llorado porque se les contraría.

De súbito enmudeció el canto y sus ojos se arrasaron en lágrimas; ya no miraba los árboles y el límpido espejo en que se reflejaba el cielo azul; un instante había dejado de oír el cántico de la vida, porque sus ojos, desviados, habían encontrado el vacío; Marta no estaba allí como antes, callada y abrazada á él; su alma vivía sola en el paisaje desierto velado por el crepúsculo.

Largo tiempo dejó el músico revolotear su pensamiento: el río se teñía en los matices del ocaso; en el agua alargaban su sombra los árboles y temblaban las hojas reflejadas: á veces pasaba alguna caña flotante esparciendo en torno su ligera semilla y su pelusa; los pájaros volaban de una á otra ribera rozando los lirios silvestres; mientras otros gorjeaban en los árboles sus últimos trinos,

aquella gente; algunos hombres y mujeres habrían muerto; pero aquéllos parecían todos alegres, rodeados de nuevas vidas. Como poco hacía, en la amplitud de la campiña palpitante, sentía que la existencia se volvía á apoderar de él, atrayéndole como poderoso imán, para arrojarle otra vez á la lucha en la vida de todos mezclada de nuevas alegrías y nuevas penas. Sin apresurarse terminaba su comida, emperezándose ante el café humeante, oyendo, más que escuchando los dichos de la concurrencia.

Renacía dentro de él el músico, para quien todo debía traducirse en armonías; volvía á sentir la pasión por los ritmos alegres; motivos musicales asaltaban su cerebro donde se entrecrocaban y combinaban sonidos, futuras canciones, que como sus obras pasadas, despertarían la alegría, incitando de nuevo á las muchedumbres al placer y al amor.

Volvió á su casa, la Casa de las Rosas. Embriagado por los efluvios del ambiente, olvidaba que no era ya la alegre morada de otro tiempo; su mente demasiado ocupada no percibía ya tristeza ni vacío.

La vieja había encendido en la antesala la lámpara de pantalla roja, y nada parecía de pronto haber cambiado en la casa de otros tiempos, perdida entre las flores como las chozas de las novelas.

En las esquinas, rasando las paredes de los edificios, á lo largo de un sendero desierto, había visto pasar parejas furtivas, que se esquivaban al paso de los transeuntes; había oído susurro de besos llenando el aire cálido, apenas refrescado por la imperceptible brisa del estío. De las viviendas, por las ventanas abiertas, exhalábase un perfume de tierna intimidad, el aire lleno de rumores trascendía la vida, el amor que respiraban todos los seres, todas las existencias henchidas de savia.

Como en otro tiempo, cuando sentía la inspiración de cualquiera melodía, después de fantasear ó de pasearse, Juan Dayel se había instalado ante su piano.

Sentado ante las teclas, blancas y negras como las fases de una vida, las ventanas abiertas de par en par, embriagado por gorjeos de pájaros y perfumes de flores estivales, alientos de amor, dejaba Juan Dayel caer sobre el teclado los motivos que rebotaban en su mente, y hacía resonar en la pureza de la noche, embriagadoras notas que bordaban una estrofa de la eterna canción.

Tornaba á empezar, modificándolo cada vez, el motivo revoloteador y voluptuoso, cortado por una frase lenta, lánguida en ritmo de vals; sus ojos extraviados veían danzar en el vacío las parejas, jadeantes de este mismo placer que despertaba su melodía.

Se había acabado; Dayel detuvo sus dedos sobre las teclas. Presa aún de la inspiración, recordaba otras veladas felices, animadas por notas alegres ó de melancólica ternura. Levantóse, anhelando escuchar una vez más, queriendo resucitar, alguna de sus romanzas preferidas. Antiguas estrofas acudieron á él:

Dime lo que te apena,
¿ Por qué no quieres?
Dímelo muy bajito,
Si no te atreves.
Dime, chiquilla,
¿ Es muy grave la causa
De tu penilla?

Repasaba su cartapacio forrado de seda en que descansaban sus últimas composiciones, vales, marchas, canciones, la última cuadrilla que había compuesto, primor del carnaval, y fragmentos, proyectos no armonizados aún, anotados en el momento de la inspiración y echados allí en expectativa.

Lleno de curiosidad, feliz en volver á ver aquellos papelotes amigos, su trabajo interrumpido, reunía sus opúsculos junto á sí, para releerlos en seguida al piano. Enternecíanle también los grabados que algunas veces inspirara, líneas en que

los besos cantaban entre las notas. Y arrojaba á un lado y otro miradas furtivas, como un niño glotón que ante una golosina á su alcance se goza en retardar el placer.

— « ¡Ah! Un sobre á su nombre... letra de ella... » las queridas patitas de mosca de Marta, cuya imagen surgía repentinamente de los limbos de tristeza misteriosa y no sin dulzura en que hacía poco estaba sumida.

Adiós placer de notas alegres y tiernas ; ya en lo que menos pensaba era en rebuscar las inspiraciones olvidadas.

Rápido, como un ladrón que huye con su presa, subió Juan á su alcoba, la de los dos en otro tiempo, en cuyas colgaduras flotaban todavía esfluvios de un perfume antiguo ya consumido, el perfume de aquella Marta rubia y amable, la de los ojos claros y los alegres labios tan tentadores.

Recostado en la blancura del lecho abierto, desdoblaba Dayel la carta, dejando caer sobre las rodillas el sobre á su nombre en que hormigueaban las patitas de mosca de la adorada, muerta hacía un año.

Leía :

« Perdóname, pobre Juan mío ; me voy porque es preciso. Ya sé que está mal, que estoy loca. Pero ¿ qué hacer ? Te quiero y le quiero también á él,

sin saber cómo, de otro modo que á tí, que tanto te pareces á mí.

» Estoy trastornada, me siento llevar á pesar mío, arrastrada por alguien más fuerte que cuanto hay en mí ; y contra esto nada puedo, mi pobre Juan. Te indignarás conmigo ; yo lo estoy contra mí misma por causarte un pesar tan inmenso. Pero es fuerza que parta, que me vaya muy lejos.

» Adiós, Juan : olvidame : ya no nos veremos más puesto que « él » me lleva ; no me atrevo á enviarte un beso que tú rechazarías... y, á pesar de todo, siento una pena inmensa por dejarte.

« MARTA. »

¡ No había muerto, entonces ! Había huído, huído, con un amante. « El bandido ».

Y la frase de la madre Machel, que creyera condonencia de duelo, revivía en su mente, ratificando su persuasión :

— Es una desgracia bien grande para el señor. ¡ Ah ! ¡ Todo acaba, todo vuelve á empezar !

Sobre el lecho, perdida toda conciencia, Juan Dayel permanecía dolorido, postrado. La carta yacía junto á él, azuleando en las sábanas ; el sobre tachanaba de claro la oscuridad de la alfombra. Como anonadado por un golpe violento, se quedó dormido, amodorrado mejor, en una torpitud sin ensueño.

Filtrábase el día por las persianas, estriando de luz la penumbra de la alcoba, cuando Juan se despertó. Sentíase magullado, como si hubiera rodado al fondo de un precipicio, pesada la cabeza, cansados los párpados.

Se ahogaba : dolíale todo el cuerpo. Víóse vestido aún con las ropas de la víspera ; y pensó qué nuevo dolor le habría herido hasta el punto de anonadarle así.

Se levantó penosamente, para desnudarse, esperando reconfortarse con las abluciones matinales : abrió de par en par la ventana y contempló el alegre paisaje, la verdeante falda de la colina despejada en abigarradas hazas, verdes, parduscas, negreando en el horizonte ; que eran trigales, campos de avena, prados, viñedos, entrecortados de bosques cuyo follaje susurraba coreando los gritos de los boyeros, los cánticos de innumerables existencias esparcidas.

En los campos, se afanaban por doquier los hombres, absorbidos por el trabajo, puesta la mira en sus cosechas, en sus vendimias ; serían gentes felices aquellas ; en el hogar les esperaban cada anochecer mujeres y niños, la humeante cena, la alegre charla de fin de jornada ; la siega les traería quizás un poco de riqueza, quizá un poco de decepción ; pero la esperanza de nuevas cosechas los consolaría.

Y, andando por la habitación, en la cegadora luz que la inundaba, sus ojos tropezaron de nuevo en la carta, caída en la alfombra, cerca del sobre en que se leía su nombre trazado por temblorosa mano.

Recordó. En plena lucidez, reavivábase su dolor, y con voz lánguida, muy quedo, murmuraba una y otra vez aquellas palabras que le abrasaban :

— « Un beso que tú rechazarías... y sin embargo te sigo queriendo. »

¡Marta! Aquella Marta tan buena y tan rubia, era la que le había vuelto loco. No había muerto, ella. Había huído para seguir á otro, que, seguramente, no la querría tanto como él.

La hubiera preferido muerta, sí ; habría hallado un melancólico placer, al regreso, en ir á ver su tumba, á adornarla con las rosas de su casita. Ella seguiría siendo suya más allá de la vida.

Sus almas seguirían íntimamente ligadas, podría él sin temor evocar los muertos encantos, presentes á sus ojos en las horas de plácida tristeza.

Esta pena y esta piedad le inspirarían quizás composiciones más serias y más melancólicas, más bellas quizás que sus romanzas de amor : el dolor elevaría su talento hasta la delicada belleza de los sentimientos dulcemente tristes. Ella le había querido, seguramente ; pero quizás se había él apresurado más de lo justo en lanzarla á un mundo tan

nuevo para ella, en que las adulaciones impresionaban sin cesar su belleza de estatuilla fina. La había dejado embriagarse de frases bonitas, de deseos expresados con más habilidad que en otro cualquier ambiente menos artístico.

Quizás le cabía á él su parte de culpa en la desgracia presente. Había estado ciego al no desconfiar de los homenajes que adulaban su amor, ciego al no apercibirse de aquella turbación de Marta, ahora tarde recordada, que fué precursora para ella de la partida, para él de duelo y de locura.

Agitado, febriciente, revivía todo el pasado de amor, de adoración por su preciosa Marta, que le quería también un poco, y le había vuelto demente. Como niño privado de su juguete favorito, habría sollozado, á serle aún posible las lágrimas. Pero el copioso llanto de la víspera, había agotado el manantial.

Acababa de oír el rechinar de la verja en el fondo del jardín; luego pasos que iban y venían: la madre Machet, sin duda, que prepararía el desayuno y se entregaría á sus faenas matinales.

De buen grado se hubiera quedado allí acostado en su alcoba, envuelto en su sufrimiento, pero temió que se le creyera otra vez loco si corría la voz de su malestar.

Había padecido tanto, á pesar de su frecuente inconsciencia, allá en la casa de salud.

Le horrorizaba pensar en volver á su celda de los primeros meses; le aterraban brutalidades que renacían en su memoria, el suplicio de ciertas horas en que, momentáneamente lúcido, se había visto prisionero. Recordaba gritos que otros daban, despertar de pesadillas, monótonos paseos vigilados por guardianes en un gran parque acotado por altos y negros muros.

Por fin halló fuerzas para levantarse y bajar, componiendo su rostro para que nadie, ni aun la vieja sirvienta, pudiera vislumbrar en él su nuevo dolor.

La madre Machet, feliz en mostrar una solicitud mezclada de conmiseración, le servía afanosa; y él devoraba glotonamente su almuerzo, como hombre á quien torna hambriento la tristeza. Quería ella hablar, distraer á Juan de su mutismo. Y Dayel contestaba apenas en breves palabras, por no desairar á la vieja, sobre todo, por no darle á sospechar que le quedaba la menor huella de aquel año de locura.

La herrumbrosa campanilla se agitó de repente, y Dayel se sobresaltó: cada ruido imprevisto debía sin duda anunciar una desgracia, algo que viniera á agravar más su sufrimiento. Volvió la madre Machet y le alargó una carta timbrada en París. Juan dejó el pliego á su lado; titubeaba en leer, asaltado por el miedo terrible de que, si se emo-

cionaba, el menor de sus gestos podría parecer signo de demencia.

Con tranquilidad afectada, y mientras humeaba delante el café, impregnando la estancia de aromático calor, rasgó el sobre.

Sabiéndole ya suelto y curado, le invitaban á que fuera á recoger á su hijita, Marta, y abonar de paso el importe de los cuidados que con ella se habían tenido.

— Es verdad; ya sabía él que algo faltaba á su infortunio: no era él el único abandonado; estaba su pequenuela que había quedado también sola, con la falta de la madre y la súbita demencia del padre.

Vivía ahora con su tío Francisco Dayel, un artesano, un ebanista del arrabal, que no había podido hacer más que recogerla.

Iba á hacer pronto cuatro años, la pobre chiquilla... Era rubia como su madre, con los mismos ojos castaños tornasolados de verde. — Había sufrido seguramente en casa de sus tíos, con la aplastante vulgaridad de aquella gente y el mal genio de la mujer, fungosa y rabiscosa. Al decir de la carta estaba tristecilla y con frecuencia malucha. Iría á buscarla á París, se ocuparía de ella.

¡Pobrecita! Ya el tono ambiguo de aquellos renglones dejaba traslucir por qué la había recogido aquella gente; « porque no va uno á dejar

morir una criatura » como debió de decir el tío, buen hombre en el fondo, para convencer á su compañera.

Estos parientes no querían al artista; y la niña debía de haber oído frases mortificantes, los días aciagos, los sábados en que el ebanista volvía tarde á casa, con la paga descabalada.

« ... Marta, la rubia, la buena, no había pensado en aquella hijita más que en su marido, su amante de tantos años felices: á los dos había abandonado. Eso, todo eso había sido causa de su demencia. »

Se ocuparía de ella. Iría á buscarla á París tan pronto como estuviese mejor, algo más calmado su sufrimiento.

Á través de los campos, en torno á Lisé, fué Dayel á pasear su dolor, del que asomaban melodías aún vagas, que le llenaban de una tristeza impregnada de placentera esperanza por la naturaleza estival. Fué á mecer su sufrimiento al murmullo del agua. Como la víspera se aventuró en el bosque lleno de cánticos y de estremecimientos de amor. El cálido aroma que exhalaban la tierra, los árboles y las flores, añadíase á los murmullos, se concentraba en él, para armonizarse en su enfermo cerebro; el dolor de los idilios moribundos se mezclaba á la vida envolviéndolo todo en el torbellino de las cosas que recomienzan. Volvió á Lisé cerrada ya la

noche, caminando lentamente, bajo un cielo de intenso azul, cuajado de estrellas, escuchando el himno de las hojas y del agua, todos los rumores de la vida nocturna.

LIBRO SEGUNDO

UN CRIMEN DE AMOR

I

Juan Dayel era hijo del pueblo. Parisiense, y de despejada inteligencia, no bien se abrieron los ojos de su alma y pudo escuchar en torno á sí, cada suceso, cada alegría, cada dolor, resonaron en él, y se tradujeron en su mente, por interiores cánticos, y por la afición al mismo tiempo á las manifestaciones sentimentales del alma popular, tan fácilmente impresionable.

Su padre era cerrajero, establecido en una callejuela próxima á San Pablo. Salido de la escuela, había aprendido el oficio paterno, pero cultivando al mismo tiempo la música, que absorbía con pasión sus horas de asueto.